

cen cabezas humanas convertidas en plantas arrojadas al agua sagrada del manantial, por uno de los dioses paganos que allí vivían en otro tiempo. Es el antiguo *papyrus*.

Los aldeanos llaman á esta planta *parruca*.

Más lejos hay otras, un bosque entero. Tiemblan, murmuran, se inclinan, mezclan sus peladas frentes, las tropiezan, parece que hablan dos cosas desconocidas y lejanas.

No es extraño que el venerable arbusto que nos trajo el pensamiento de los muertos y fué el guardián del genio humano, tenga, sobre su débil cuerpo de arbolillo, una gran cabellera espesa y flotante como la de los poetas?

Volvemos á Siracusa cuando el sol se pone, y vemos en la rada un paquetot que acaba de llegar y que esta misma noche nos llevará al Africa.

## V.

## DE ARGEL Á TÚNEZ.

En los muelles de Argel, en las calles de las ciudades indígenas, en las llanuras de Tell, en las montañas de Sahel ó en las arenas del Sahara, todos esos cuerpos envueltos como en hábitos de monjes, con la cabeza cubierta bajo el turbante, flotando por detrás, esas facciones severas, esas miradas fijas,

semejant pertenecer á religiosos de un mismo austero orden, esparcidos por la mitad del globo.

Hasta su aspecto es el de los sacerdotes; sus gestos son los de apóstoles predicadores; su actitud, la de místicos, llenos de desprecio por el mundo.

Nos encontramos, efectivamente, entre hombres donde la idea religiosa lo domina todo, lo borra todo, regula las acciones, estrecha las conciencias, aprisiona los corazones, gobierna el pensamiento, preside á todos los intereses, á todas las preocupaciones, á todas las agitaciones.

La religión es la gran inspiradora de sus actos, de su alma, de sus cualidades y de sus defectos.

Por ella y para ella son los buenos, valientes, tiernos, fieles, pues parece que no son nada por sí mismos, que no poseen cualidad alguna que no les sea inspirada ú ordenada por su fe. Nosotros no descubrimos apenas la naturaleza espontánea ó primitiva del árabe, sin que, por decirlo así, haya vuelto á ser creada por su creencia, por el Corán, por la enseñanza de Mahoma. Nunca religión alguna se ha encarnado de tal suerte en hombres.

Vamos, pues, á verlos orar en su mezquita, en la blanca mezquita que se distingue allá abajo, al extremo del muelle de Argel.

En el primer patio, bajo una arcada de columnitas verdes, azules y rojas, varios hombres, sentados ó acurrucados, hablan en voz baja, con la grave tranquilidad de los orientales. Enfrente de la entrada, en el fondo de una pieza cuadrada, que se parece á una capilla, administra justicia el cadí. Varios querellantes esperan en los bancos; un árabe habla de rodillas, mientras que el ma-



gistrado envuelto, casi oculto entre los pliegues de sus vestiduras y bajo la masa de su pesado turbante, no enseña más que una parte del rostro y mira al querellante con ojos duros y tranquilos, escuchándole. Una pared, donde se abre una ventana con reja, separa esta pieza de la en que las mujeres, menos nobles que el hombre, y que no pueden hallarse en presencia del cadí, esperan su vez para exponer las quejas por aquella ventanilla de confesonario.

El sol que cae en lluvia de fuego sobre las níveas paredes de estos pequeños edificios, semejantes á tumbas de marabuts, y en el patio, donde una vieja echa peces muertos á un ejército de gatos, refleja al interior en los albornos, en las enjutas y morenas piernas y en los impasibles semblantes. Más lejos está la escuela, junto á la fuente donde el agua corre al pie de un árbol. Todo está allí, en aquel dulce y apasible recinto; la religión, la justicia, la instrucción.

Entro en la mezquita después de haberme descalzado, y avanzo sobre la alfombra en medio de las blancas columnas cuyas regulares líneas llenan este templo silencioso, vasto y bajo, de una multitud de anchos pilares; porque son muy anchos y tienen una cara orientada hacia la Meca, á fin de que cada creyente pueda, colocándose delante, no ver nada, no ser distraído por nada, y vuelto hacia la ciudad santa, quedar absorto en la oración.

Unos de estos creyentes se arrodillan; otros, en pie, murmuran las fórmulas del Corán, adoptando las posturas prescriptas; otros, además, libres ya de sus deberes que han cumplido, hablan

sentados en el suelo, á lo largo de las paredes, pues la mezquita no es únicamente lugar de oración, sino de reposo, donde se permanece y se vive durante días enteros.

Todo es sencillo, todo está desnudo, todo es blanco, todo es dulce, todo es apacible en esos asilos de la fe, tan diferentes á nuestras adornadas iglesias, agitadas, cuando están llenas, por el ruido de los oficios, el movimiento de los asistentes, la pompa de las ceremonias, los cantos sagrados, y cuando están vacías, tan tristes, tan dolorosas, que oprimen el corazón, que parecen la estancia de un moribundo, la fría estancia de piedra donde el Crucificado agoniza todavía.

Sin cesar entran árabes humildes y ricos, el mandadero del puesto y el antiguo jefe; el noble bajo la sedosa blancura de su brillante alborno. Todos, con los pies descalzos, hacen los mismos gestos, ruegan al mismo Dios con la misma fe exaltada y sencilla, sin caer en la menor distracción. Mantiénense primeramente en pie, con la cabeza levantada, las manos abiertas á la altura de los hombros, en actitud de súplica. Luego caen los brazos á lo largo del cuerpo, la cabeza se inclina; es que están en presencia del soberano del mundo en actitud de resignación. Las manos se unen en seguida sobre el vientre como si estuviesen ligadas. Son cautivos entonces bajo la voluntad del amo. Por último, se prosternan varias veces seguidas, muy deprisa, sin el menor ruido. Después de haberse sentado primero sobre los talones, con las manos abiertas, apoyadas



en los muslos, se inclinan adelante hasta tocar el suelo con la frente.

Esta oración, siempre la misma, y que comienza por el recitado de los primeros versos del Corán, debe ser repetida cinco veces al día por los fieles que, antes de entrar, se han lavado los pies, las manos y la cara.

No se oye en el mudo templo más que el murmullo del agua que corre en otro patio interior, el cual da luz á la mezquita. La sombra de la higuera, nacida sobre la fuente de las abluciones, produce un reflejo verde en las primeras pleitas.

Las mujeres musulmanas pueden entrar como los hombres, pero no van casi nunca. Dios está demasiado lejos, demasiado alto, demasiado imponente para ellas. No se atreverían á contarle todos los cuidados, á confiarle todas las penas, á pedirle todos los servicios, los consuelos, los auxilios contra la familia, contra el marido, contra los hijos, cosas de que necesita el corazón de la mujer. Hace falta un intermediario más humilde entre El tan grande y ellas tan pequeñas.

Este intermediario es el marabut. En la religión católica tenemos á los santos y á la Virgen Maria, abogados naturales de los tímidos cerca de Dios.

En la tumba del santo, en la capillita donde está sepultado, encontraremos á la mujer árabe en la oración.

Vamos á verla :

La *zaouia* Abd-er-Rahman-el-Tcalbi es la más original y la más interesante de Argel. Se llama "zaouia" á una mezquita pequeña unida á una

koubba [panteón de un marabut] la cual comprende también á veces una escuela y un curso de alta enseñanza para los musulmanes letrados.

Para llegar á la zaouia de Abd-er-Rahman, hay que atravesar la ciudad árabe. Es una subida inimaginable al través de un laberinto de callejuelas confundidas, tortuosas, entre las paredes sin ventanas de las casas moriscas. Casi se tocan en la parte superior, y visto el cielo desde las terrazas parece un arabesco azul de raro é irregular capricho. A las veces, un largo corredor sinuoso y abovedado, escarpado como un sendero de montaña, parece conducir directamente, por el azul que se distingue de pronto, en la revuelta de una pared, al fin de los escalones, allá arriba, ó la mancha brillante y llena de luz.

A lo largo de estos estrechos corredores están agazapados, al pie de las casas, árabes que dormitan en sus harapos; otros, reunidos en los cafés moriscos, en banquetas circulares ó en el suelo, siempre inmóviles, beben en tacitas de porcelana que tienen con gravedad entre sus dedos. En estas estrechas calles que hay que escalar, el sol, cayendo por sorpresa, por hilos ó por grandes placas en cada abertura de las vías que se cruzan, proyecta en las paredes dibujos extraños, de una claridad deslumbradora y barnizada. Distínguense por las puertas entreabiertas, los patios interiores donde sopla un aire fresco. Siempre existe el mismo pozo cuadrado dentro de una columnata que sostiene varias galerías. Un ruido de música dulce y salvaje se escapa á veces de las casas de donde se ven salir á menudo, dos á dos, algunas muje-



res que os dirigen por entre el velo que cubre su rostro, una mirada negra y triste, mirada de prisioneros, y pasan.

Cubiertas las cabezas como se nos representa á la Virgen María, con una tela tupida, envuelto el cuerpo en el jaique, ocultas las piernas bajo el amplio pantalón de paño ó de algodón, que oprime el tobillo, caminan lentamente, algo torpes, vacilantes; y tratamos de adivinar su rostro bajo el velo que lo dibuja un poco adhiriéndose á las partes salientes. Los dos arcos azulados de las cejas, unidos por un trozo de antimonio, se prolongan, á lo lejos, sobre las sienes.

De pronto me llaman unas voces. Vuélvome, y por una puerta abierta veo en las paredes grandes pinturas inconvenientes como las que se encuentran en Pompeya. La libertad de las costumbres, la manifestación, en plena calle, de una prostitución innumerable, alegre, sencillamente atrevida, revelan en seguida la profunda diferencia que hay entre el pudor europeo y la consciencia oriental.

No olvidemos que se han prohibido en estas mismas calles, hace pocos años todavía, las representaciones de *Caragousse*, especie de Guignol obsceno y monstruoso, cuyas inverosímiles, innobles é inenarrables hazañas miraban los niños con sus grandes ojos negros, ignorantes y corrompidos, riéndose y aplaudiendo.

En todo el alto de la ciudad árabe, entre las mercerías, tiendas de comestibles y fruterías de los incorruptibles mozabitas, puritanos mahometanos á quienes mancha el solo contacto de los de-

más hombres, y que sufrirán, al volver á su patria, larga purificación, se abren grandes depósitos de carne humana, desde donde le llaman á uno en todas las lenguas. El mozabita, agazapado en su tienda, en medio de sus mercancías bien ordenadas en torno de él, parece no ver, no saber, no comprender.

A su derecha, arrullan como tóntolas las mujeres españolas; á su izquierda mayan como gatas las mujeres árabes. Parece el mozabita, en medio de ellas, entre las impúdicas desnudeces pintadas para acreditar las dos zahurdas, un fakir vendedor de frutas, hipnotizado en un ensueño.

Vuelvo hacia la derecha por un estrecho pasaje que da á la mar, extendida á lo lejos, detrás de la punta de San Eugenio y distingo al fin de aquel túnel, á algunos metros debajo de mí una alhaja de mezquita ó más bien una monísima *zaouia* que se disgrega en construcciones y tumbas pequeñas, cuadradas, redondas y puntiagudas, á lo largo de una escalera en zig-zag que va de terraza en terraza.

La entrada está disimulada por una pared que parece construída de plateada nieve, embutida de cuadrados de porcelana verde, y llena de aberturas regulares por donde se ve la rada de Argel.

Entro. Mendigos, ancianos, niños y mujeres están agazapados en cada escalón, con la mano tendida, pidiendo limosna en árabe. A la derecha, en una pequeña construcción coronada también de porcelanas, hay una primera sepultura, y por la puerta se ve á los fieles sentados ante la tumba. Más abajo se redondea la brillante cúpula de la Koubba del marabut Add-er-Rahaman,



al lado del pequeño y cuadrado minarete desde donde llaman á la oración.

A lo largo de la pendiente hay otras tumbas más humildes, y luego está la del célebre Ahmed, bey de Constantina, el cual hizo que los perros devorasen el vientre de los prisioneros franceses.

Desde la última terraza hasta la entrada del marabut es deliciosa la vista. Nuestra Señora de África, á lo lejos, domina á San Eugenio y á todo el mar que llega hasta el horizonte, donde se confunde con el cielo. Luego, más cerca, á la derecha, está la ciudad árabe, que sube, de tejado en tejado, hasta la zaoúia y establece todavía encima sus casitas de yeso.

En torno de mí, varias tumbas, un ciprés, una higuera y adornos moriscos encuadran y almenan todas las paredes sagradas.

Después de haberme descalzado penetro en la koubba. Primeramente, en una reducida pieza, un sabio musulmán, sentado sobre sus talones, lee un manuscrito que sujeta con ambas manos á la altura de los ojos. Multitud de libros y pergaminos están extendidos alrededor de él sobre las esteras. No vive la cabeza. Más lejos oigo un estremecimiento, un murmullo. A mi llegada todas las mujeres agrupadas alrededor de la tumba se apresuran á cubrirse el rostro. Parecen grandes copos de tela blanca en que brillan ojos. En medio de ellas, en aquella espuma de franela, seda y lana, duermen ó se agitan niños vestidos de colorado, de azul ó de verde: esto es encantador y sencillo. Aquellas mujeres están en su casa, en la de su santo, cuya mansión han adornado ellas, pues Dios está

demasiado lejos para su limitado espíritu y es demasiado grande para su humildad.

Ellas no se vuelven hacia la Meca, sino hacia el enepo del marabut, y se ponen bajo su protección directa, que es aún, que es siempre la protección del hombre. Sus ojos de mujeres, sus dulces y tristes ojos no saben ver lo inmaterial, no conocen más que la criatura. Mientras vive es el varón quien las alimenta, las defiende y las sostiene, y también será el varón quien hable de ellas á Dios después de morir. Están allí cerca de la tumba adornada y embadurnada, algo semejante á un lecho bretón pintado y cubierto de telas, de seías, de paños, de regalos recibidos.

Cuchichean, hablan entre sí y refieren al marabut sus cosas, sus envidias, sus disputas, sus quejas contra el marido. Es una reunión íntima y familiar de charlatanerías alrededor de una reliquia.

Toda la capilla está llena de sus extrañas oirendas: relojes de varios tamaños que andan anuncian los segundos y dan las horas, banderas votivas, arañas de todas clases, de cobre y de cristal. Estas arañas son tan numerosas que no dejan ver el techo. Están colgadas unas junto á otras, de tamaños diferentes, como en la tienda de un lampistero. Las paredes están adornadas con elegantes porcelanas de precioso dibujo, cuyos colores dominantes son siempre el verde y el encarnado. El suelo está cubierto de alforabras y la luz cae de la cúpula por grupos de á tres ventanas cimbradas, una de las cuales domina á las otras dos.

No es ya la severa mezquita, desnuda, donde Dios está solo; es un gabinete adornado para la ora-



ción por el gusto infantil de las mujeres salvajes. Frecuentemente vienen galanes á verlas en aquel lugar, á darles una cita ó á decirles algunas palabras en secreto. Algunos europeos que hablan el árabe suelen trabar aquí relaciones con esas envueltas criaturas, cuya mirada es lo único que se ve de ellas.

Cuando la cofradía masculina del marabut viene á su vez á practicar sus devociones, no tienen para el santo que habita este lugar las mismas atenciones exclusivas. Después de haber demostrado su respeto al sepulcro, vuélvense los hombres hacia la Meca y adoran á Dios, pues no hay más divinidad que Dios, como repiten en todas sus oraciones.

## VI.

## TÚNEZ.

Antes de llegar á Túnez, atraviesa el camino de hierro un soberbio país de montañas pobladas de árboles. Después de haberse elevado dibujando desmesurados cordones, hasta una altura de setecientos ochenta metros, desde donde se domina un inmenso y magnífico paisaje, penetra en el territorio de Túnez por la Kroumière.

Entonces se ve una serie de montes y de valles desiertos, donde se alzaban en otro tiempo ciudades

romanas. Allí están en primer término los restos de Thagaste donde nació San Agustín, cuyo padre era decurión.

Más lejos se halla Thubursicum Numidarum, cuyas ruinas cubren una serie de colinas redondas y verdes. Más lejos aún, está Madaure, donde nació Apuleyo á fines del reinado de Trajano. No se podrían enumerar las ciudades muertas, cerca de las cuales hay que pasar para ir á Túnez.

De repente, después de muchas horas de camino, se distinguen en la baja llanura los elevados arcos de un acueducto medio destruido, cortado á espacios, y que iba en otros tiempos desde una de las montañas á la otra. Es el acueducto de Cartago de que habla Flaubert en *Salammbó*. Después de da vuelta á una gran ciudad, se sigue un deslumbrador lago y se descubren los muros de Túnez.

Henos aquí en la ciudad.

Para descubrir bien el conjunto, hay que subir á una colina próxima. Los árabes comparan á Túnez con un albornoz desplegado, y esta comparación es exacta. La ciudad se extiende en la llanura, ligeramente levantada por las ondulaciones de la tierra, que hacen sobresalir por espacios los bordes de esta gran mancha de casas pálidas de donde surgen las cúpulas de las mezquitas y los campanarios de los minaretes. Apenas si se distingue, apenas si se imagina uno que aquello sean casas, tan compacta, continua y rampante es aquella placa blanca. En torno de ella hay tres lagos que, bajo el durísimo sol de Oriente, brillan como llanuras de acero. Al Norte, á lo lejos, la Sebkra-er-Bouan; al Oeste la Sebkra-Seldjoun, vista por encima de la ciudad; al